

cristo crucificado, por cuyo amor derramasteis generosamente vuestra sangre; suplicoos, por las entrañas de mi Salvador, que me alcanceis la gracia de estar continuamente sufriendo por amor suyo cualesquier adversidades y trabajos; de pasar toda la vida sobre la Cruz; que sea pesado madero aquel donde me claven con agudísimos clavos, ora la naturaleza armada con robusto brazo, ora la mano cruel de los hombres malvados; y sea, en fin, llevado, desde la cruz, derechamente á los brazos de nuestro Señor. A los confesores pontífices:—Mirád, pastores del rebaño del Señor, al Cordero immaculado que durante vuestra vida mortal ibais á sacrificar al Todopoderoso, en olor de suavidad, sobre el ara santa del Altar; haced que me ocupe dignamente en celebrar tan Augusto Sacrificio, que le ofrezca á Dios con pureza de alma, y asociándome á tan Sagrada Oblacion, me ofrezca á Él, por medio de buenas obras, en olor de suavidad. A los confesores no pontífices:—Siervos fieles de mi Señor, ved aquí á vuestro dulce y amado Padre, por quien, así de deseo como de obra, renunciasteis todas las pompas, vanidades y placeres del mundo; alcanzadme la honra singular de que por amor suyo perseverare hasta la muerte en mi estado, por bajo y humilde que

sea, y suba á la cumbre de una gran santidad, solamente por amor de Dios. A los Santos de nuestra Congregacion:—Mirád, queridísimos hermanos míos, á vuestro ilustre Caudillo con quien os conformasteis maravillosamente, durante vuestra vida, no ménos de palabra que de obra; suplicoos que nos concedais, á mi y á todos los otros hermanos míos que todavía están combatiendo en la Iglesia militante por su honra divina, una presa abundante de almas sin detrimento de nuestra santificacion interior; la multiplicacion de los miembros de nuestra Hermandad, con muchedumbre de excelentes operarios llamados á trabajar en el mismo oficio; y que todos sin excepcion pasemos cargados de merecimientos á gozar de su dulce compañía y de la vuestra en la patria celestial. A las santas vírgenes:—Ved aquí, esposas del Cordero immaculado, á Aquel por cuyo amor guardasteis sin mancha, y con tanta gloria y alegría de vuestras almas, la pureza virginal; haced que yo aparezca delante de los ojos de vuestro esposo y Señor mio, puro en pensamientos, palabras y obras; y que limpio, finalmente, de toda mancha de pecado y reato de pena, sea en derechura trasladado de esta vida mortal á la gloria perdurable de la venidera. A todos los Santos, por

último, de la Côte celestial apostrofémosles de esta manera:—*Mirád aquí, amigos míos muy amados, que sois la consolacion del alma mia, al Autor, la Causa y Galardon de nuestra santidad; alcanzadme la gracia de caminar por las sendas de la perfeccion, segun el espíritu de mi Instituto, con aquella misma velocidad con que vos caminabais, á fin de que el adelantamiento en la virtud cristiana vaya en proporcion con el aumento progresivo de mis años.*

Luego despues podemos decir á nuestro Señor amorosísimo:—«Voy ahora, Señor mio y Dios mio, á separarme de Vos por un breve rato, pero sin abandonar vuestra dulce compañía, ¡no! porque sois Vos la dicha, la consolacion y la felicidad de mi alma. Encomiéndome, pues, con toda la vehemencia de que soy capaz, juntamente con todos mis hermanos, amigos y enemigos, á vuestra inmensa caridad. ¡Amadnos, Dios mio y Gloria mia, amadnos y embriagadnos en el amor que atesora vuestro Corazon Sacratísimo! ¡Trasformadnos en vuestra semejanza, Gozo y Alegría de mi alma, y concedednos que vivamos enteramente en Vos; que nos ocupemos solo en Vos, y que no nos propongamos, en todas nuestras palabras y obras, ningun otro objeto más que á Vos, Vida mia y Misericordia mia, que

vivís y reináis, etc.» Últimamente, daremos fin á nuestro hacimiento de gracias con la oracion siguiente:—*Suplicoos, Padre eterno, que dirijais una mirada de compasion sobre esta vuestra familia por la que nuestro Señor Jesucristo no dudó ser entregado en manos de crueles verdugos y sufrir el tormento de la cruz; que vive y reina con Vos y el Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos: Amen.*

Repito, pues, que al trasladar aquí semejante método de accion de gracias del P. Lancisio, no es ciertamente mi ánimo aconsejar á nadie que le adopte tal como va expuesto; porque, segun llevo ya indicado, solo me propongo ofrecer en él, conforme lo exijan las circunstancias, copiosos torrentes de aguas vivas, de que podemos aprovecharnos para refrescar nuestro seco corazon y adornarle con abundancia de devociones: método de gracias que merece indudablemente estudiarse con particular detenimiento, pues que es en realidad un tratado completo de santa vida, de los más sólidos y acabados, y el más vivo retrato de cierto carácter espiritual bien marcado y determinado, que el método susodicho llegaria ciertamente á formar en nosotros, si le practicásemos. Comprende dicho método de gracias, es verdad, deseos y peticiones que ofrece

como cosa corriente, y acaso nos asusten y espanten; pero aun así, semejantes súplicas y afectos son grandemente provechosos á nuestras almas: Lancisio los propone sin ocurrírsele siquiera que pueda haber alguna persona devota que carezca de ellos. Estos afectos y plegarias no debemos nosotros forjarles á nuestro capricho, pero bueno es que uno sea humillado; é imposible parece que no llegue á sucedernos así, viendo cuán léjos estamos de poseer la virtud que debiéramos tener, y quizá,—y esto es lo que nos interesa y hace más al caso,—aun de ser cual nos imaginamos que somos. Humillémosnos, pues, mas sin desmayar; porque si así fuese, es decir, si diésemos cabida en nuestro corazon á semejante desfallecimiento, mostraríamos que carecemos hasta de la más leve sombra de virtud, y que nos encontrábamos todavía al pié de la barrera, cuando debíamos ya, por lo ménos, alcanzar con la vista el feliz término de la gloriosa carrera de la vida espiritual.

Otra ventaja más envuelve semejante método de accion de gracias, la cual merece ciertamente tenerse muy en cuenta, y es la tierna devocion que inspira hácia la Persona del Verbo eterno, en el ánimo de aquel que llega á practicarle: devocion excelentísima cuya ausencia es

la causa de la pobreza y aridez que caracterizan nuestras oraciones; y señaladamente, la raiz de aquella falta de un espíritu profundo de adoracion, que deberia resplandecer en la devocion al Santísimo Sacramento, no ménos que el origen de aquella tibieza y flojedad del alma, que parece llega, no raras veces, á aumentarla la Comunion frecuente, cuando deberia hacerla desaparecer por completo. Prediquemos, pues, y enseñemos solamente la Divinidad de Jesucristo, sin inquietarnos por el escaso atractivo que pueden tener nuestros sermones teológicos; y muy luego veremos cómo á pesar de no haber exornado nuestros discursos con las galas de la elocuencia humana, llegan á deshacerse los corazones en dulces lágrimas, y cómo Belen y el Calvario abren sus ricos tesoros de ternura, derramándolos á manos llenas sobre los más humildes y sencillos de los pobres de Cristo. ¡Cuán diferente no ha llegado á ser la meditacion para no pocas personas, despues que se resolvieron á llevar consigo, á la Cueva ó al pié de la Cruz, la antorcha de la Divinidad de nuestro Señor adorable! Porque dichos sugetos, aunque ántes no habituados á remontarse á las elevadas regiones de la oracion, ni ejercitados en la práctica de una austera y heróica abne-

gacion de si mismos; ahora, esa su oracion, exornada con los resplandores de este solo dogma de la Divinidad de Jesucristo, no raras veces ha venido á acabar, cual si fuese la oracion sublime de personas muy contemplativas, por perderse en el seno mismo de la Beatísima Trinidad, donde han gustado dulzuras tan inefables, que su lengua es incapaz de explicar; y á cuyos sugetos, no sin razon, puede aplicárseles, siquiera por el momento, las siguientes palabras del Dante:—

*Al Padre, al Figlio, allo Spirito Santo
Cominciò gloria tutto 'l Paradiso;
Si che m' inebriava il dolce canto.
Ciò ch' io vedeva mi sembrava un riso
Dell' universo; perché mia ebbrezza
Entrava per l' udire e per lo viso.
¡O gioia! ¡O ineffabile allegrezza!
¡O vita intera d' amore e di pace!
¡O senza brama sicura ricchezza! (1)*

(1) La Divina Commedia. — II. Paradiso. — Canto XXVII.

SECCION VI.

Reflexiones prácticas sobre el mismo asunto.

Pero ya creo que es hora de hacernos las importantes preguntas siguientes:—¿Cuál ha sido hasta aquí nuestra conducta relativa al cumplimiento del deber de la accion de gracias en general? ¿cuál es nuestro sentimiento habitual acerca de los innumerables beneficios divinos que se nos han otorgado? ¿cuánto tiempo hemos empleado, aun durante nuestros ejercicios espirituales y otros dias de retiro, en contar las divinas larguezas que el Señor ha tenido la dignacion de concedernos á manos llenas? Aconséjanos sabiamente San Ignacio, que comencemos todos los dias nuestro exámen de conciencia, contando las misericordias de Dios y dándole luego por ellas infinitas gracias: ¿hemos guardado fielmente, siquiera esta pequeña práctica de devocion y agradecimiento? No pocas personas llegan á consagrar ciertas horas del dia al cumplimiento de diferentes deberes espirituales: ¿hemos dedicado nosotros algun breve rato á la accion de gracias? Muchos otros cristianos conservan asimismo, en su devocionario, una notita